

XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2011.

Simbología y Poder. La expansión de Tiwanaku.

Aramburu, Enrique Fernando.

Cita:

Aramburu, Enrique Fernando. (2011). *Simbología y Poder. La expansión de Tiwanaku. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/30>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XIII Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia. Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Catamarca.

Mesa 5

Titulo de la mesa: Formas de subordinación social en las sociedades del mundo antiguo.

Coordinadores: Campagno, Marcelo y Di Bennardis, Cristina.

Titulo de la ponencia: Simbología y Poder. La expansión de Tiwanaku.

Autor: Prof. Aramburu, Enrique Fernando.

Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires.

DNI: 28.733.017

Correo electrónico: fer2231@hotmail.com

Acepto la publicación del artículo.

Simbología y Poder. La expansión de Tiwanaku.

Introducción:

En uno de los valles semiacuáticos de la cuenca sureste del lago Titicaca, entre las serranías de Achuta al norte y Quimsachata al sur, emergió y prosperó el Estado de Tiwanaku. Puede observarse que durante la mayor parte de las épocas I y II (400 a.C.-100 d.C.)¹, Tiwanaku fue una aldea más entre muchas otras de la región. Las culturas de Chiripa en la orilla sur del lago Titicaca y Pukara, que desde el norte de la cuenca había iniciado un raid expansivo hacia el sur por ambas orillas del lago, lideraban entonces el desarrollo cultural en el altiplano (Berenguer, J. 2000). Mientras tanto, Tiwanaku se encontraba en el umbral de transformarse en una sociedad urbana altamente compleja que hacia el 300 d.C. comenzó a disputar el dominio de la región a Pukara (Berenguer, J. y Dauelsberg, H. 1989). Un repentino aumento del número de asentamientos tiwanakotas, durante la fase III (100-400 d.C.), permite reflejar con claridad el fenómeno expansivo de esta cultura en toda la cuenca circunlacustre. La extinción de Pukara favoreció el afianzamiento de Tiwanaku como el centro político de mayor importancia en toda la cuenca del lago. En este sentido, es viable la presunción de que la disputa entre Tiwanaku y Pukara, por la hegemonía del lago, constituyó el encuentro de dos sociedades con jerarquías de control altamente estructuradas y que, en las vísperas del primer milenio de la era cristiana, la cuenca circunlacustre fue el escenario de una lucha competitiva por los fértiles territorios de la región. En su momento

¹ A pesar de la existencia de algunas variaciones con respecto a las etapas de desarrollo de la cultura tiwanakota, puede tomarse como válida la clasificación establecida por Ponce Sanginés. Fase I (400-250 A.C.), Fase II (250 a.C.-100 d.C.), Fase III (100-400 d.C.), Fase IV (400-750 d.C.) y Fase V (750-1050 d.C.).

de esplendor, la civilización tiwanakota había puesto bajo su influencia amplias porciones del extremo sur del Perú, el altiplano de Bolivia, el extremo norte de Chile e incluso algunos parajes del noroeste de Argentina.

La historiografía especializada, en torno al origen y la expansión del Estado de Tiwanaku, ha demostrado una clara tendencia a privilegiar los factores consensuales en desmedro de aquellos relacionados a la violencia (Campagno, M. 2003). Durante mucho tiempo, esta última vertiente teórica ha ocupado solo un lugar minoritario en los debates sobre el tema. Esto parece deberse a varios factores. En primer lugar, la hegemonía de la mirada consensual ha sido el resultado de una reacción historiográfica provocada por la formulación apriorística de la *tesis militarista*² de Ponce Sanginés (1972). En segundo lugar, el discurso del actual Estado boliviano ha creado una imagen de Tiwanaku como un Estado eminentemente progresista y pacífico, representativo de una antigua unidad nacional. Precisamente, el Templo de Kalasasaya ha sido testigo de un acontecimiento de gran significado para la historia contemporánea del Estado plurinacional de Bolivia. Evo Morales Aima, el primer presidente indígena de la historia boliviana, inauguró su gobierno -el 21 de enero del año 2006- dirigiéndose a su pueblo desde la antigua escalinata del templo. Por último, la evidencia directamente demarcadora de prácticas ligadas a la violencia por parte del Estado tiwanakota es innegablemente escasa. De esta forma, se ha inferido que las mismas estuvieron ausentes del proceso o que desempeñaron un papel insignificante. Según las palabras de Campagno “[...] semejante procedimiento es el resultado de una decisión teórica de corte fuertemente empirista, que asigna un valor absoluto a la evidencia disponible y que impide pensar más allá de los límites que proporciona la evidencia. Habida cuenta de la escasez general de evidencia sobre el proceso en el que aparece el Estado en la cuenca del Titicaca, ceñirse estrictamente a los testimonios disponibles puede implicar un abordaje parcializado, que tienda a perder de vista la lógica que organiza las situaciones analizadas” (Campagno, M. 2003:69).

² Según el modelo planteado por C. Ponce Sanginés, con el advenimiento del Estado, las comunidades aledañas y aun las más lejanas fueron sometidas al control tiwanakota. La incorporación de estas comunidades dentro de la esfera de dominio tiwanakota remitió a variadas estrategias, en algunos casos pacíficas y en otros manifiestamente coercitivas.

En la gran mayoría de los casos, los estudios acerca de la expansión de la cultura tiwanakota se han enfocado en la búsqueda de evidencias arqueológicas que permitiesen observar la aplicación directa de prácticas de subordinación centradas en la coerción física, a saber: centros administrativos de control, rastros osteológicos de violencia, murallas, pucarás o armas. Como mencionamos anteriormente, muchos de estos elementos se encuentran ausentes o en número escaso durante el Periodo Formativo Superior (500 a.C.-400 d.C.). La arqueología positivista dejó fuera de su análisis los ámbitos de la reflexión, la simbología, la ideología y el ritual que, sobre todo, en el seno de las *sociedades tradicionales* ocupan también el espacio de la realidad³ (Criado Boado, F. 1999). De esta manera, los elementos de raigambre simbólico-ritual han sido relegados a un lugar secundario, como si conformaran esferas independientes de los aspectos económicos, políticos y militares. Según la opinión de Criado Boado; “[...] *Este tipo de elementos al no ser controlables ni predecibles de modo directo, son más difíciles de manejar de forma eficaz e introducen indeterminación y márgenes de error en la investigación y en sus aplicaciones, razón por la que tradicionalmente se han dejado de lado o tratado de forma secundaria o como epifenómenos*” (Criado Boado, F. 1999:5). A diferencia de esta perspectiva, consideramos que el expansionismo tiwanakota estuvo empapado de prácticas simbólico-religiosas de dominación, subordinación y apropiación ritual del espacio que son necesarias de puntualizar. Estas estrategias habrían permitido una apropiación cultural de los territorios anexados y comunicarían a las poblaciones subyugadas el nuevo orden de las cosas en el altiplano (Berenguer, J. 1998; Nielsen, A. Y Walker, W. 1999; Troncoso, A. 2001; Acuto, F. 2009). Es necesario remarcar que en este trabajo se concibe al paisaje arqueológico como un producto sociocultural creado por la objetivación, sobre el medio y en términos espaciales, de la acción social tanto de carácter material como imaginario (Criado Boado 1999). Desde luego, no se pretende eliminar el factor coercitivo de la violencia, como lo han hecho algunos autores que atribuyen la expansión de la cultura tiwanakota a una especie de proselitismo religioso (Menzel, D. 1968), sino que se pretende encuadrar dicha expansión dentro de un amplio espectro de estrategias de dominación y

³ La importancia de las actividades simbólico-rituales no se limita a las *comunidades tradicionales*. Sin embargo, es significativo advertir que en ellas constituyen una de las prácticas de articulación social dominante.

subordinación. La información con la que contamos para el análisis de la dinámica política en la cuenca del Titicaca, durante la época que precede inmediatamente a la aparición del Estado, es insuficiente para una aproximación acabada de la cuestión. No obstante, existen algunos indicadores que nos permitirían entrever la posibilidad de una dominación simbólico-ritual tiwanakota sobre las demás comunidades de la región circunlacustre, con estrategias que posteriormente pudieron hacerse extensivas a otras regiones.

Conquista simbólica y ritual del espacio:

Durante las épocas I y II, Tiwanaku exhibió una distribución espacial muy acotada característica de una organización puramente aldeana. Sin embargo, durante la época III se produjo un repentino aumento del número de asentamientos tiwanakotas en toda la cuenca circunlacustre. Como anticipó Ponce Sanginés; *“Llama a meditación el incremento manifiesto de asentamientos, repartido de acuerdo a la secuencia troquelada para la cultura de Tiwanaku: época I, con 2 (=1,60%); II, con 1 (=0,80%); III, con 12 (=9,60%); IV, con 23 (=18, 40%); V, con 87 (69,60%)”* (Ponce Sanginés, C. 1972:58). De esta manera, puede observarse que durante la época III Tiwanaku pasó de poseer un asentamiento a doce. En este sentido, es factible especular con que este periodo no solo representó el momento en que el sitio mutó de ser una pequeña aldea a un centro urbano de mayor importancia. Sino también, el momento en que Tiwanaku logró imponerse a otros centros políticos de la cuenca, estableciendo sobre ellos una relación de dominación que admitiría la introducción de una lógica de organización disímil a las previamente existentes; sería la aparición de la práctica estatal⁴. Como han argumentado Berenguer y Dauelsberg, *“Todo indica que es en ese momento cuando las últimas sociedades aldeanas -como Chiripa, Kalasasaya, Wankarani y otras- dejan de existir como entidades independientes y pasan a integrar conjuntos económicos y políticos más vastos, ahora bajo la férula de estructuras estatales”* (Berenguer, J. y Dauelsberg, P. 1989:134). El enfrentamiento con otros centros políticos de la cuenca podría haberle permitido a la población tiwanakota

⁴ *“¿A que llamamos practica estatal? A la práctica que polariza la sociedad, que instituye en ella dos polos opuestos: uno provisto del monopolio legítimo de la coerción física y otro que se somete al primero. La practica estatal implica, pues, una relación de dominación sostenida en el control de la fuerza y la legalidad por parte del grupo social dominador. [...]”* (Campagno, M. 2003:70).

acumular recursos fuera de su comunidad e institucionalizar su poder sin perturbar las lógicas internas de organización⁵ (Stanish, Ch. 2001). Por consiguiente, es preciso dedicar nuestra atención a las interacciones acontecidas entre Tiwanaku y las demás comunidades circunlacustres para observar e intentar explicar el surgimiento y la expansión del Estado altiplánico. En este sentido, Kolata (1993) ha indicado una considerable variación en los estilos cerámicos que se producían y utilizaban en estas comunidades. Dichos estilos parecen haber estado bastante restringidos en su distribución geográfica, insinuando la presencia de conjuntos étnicos disimiles y áreas bien delimitadas en la explotación de los recursos naturales. Por ejemplo, un estilo del periodo formativo asociado a la cultura Chiripa⁶ se haya casi exclusivamente a lo largo de la costa sur del lago Titicaca. Por otro lado, un segundo estilo cerámico -contemporáneo con el Chiripa en el valle de Tiwanaku- está restringido a sitios interiores sobre o cerca de la planicie fluvial del río Tiwanaku (Kolata 1993; Campagno, M. 2003). Asimismo, se han encontrado varios estilos cerámicos, distintivos del periodo formativo y geográficamente bien restringidos, en el dominio de Tiwanaku. Esto nos permite insinuar que pudieron haber existido un número de pequeñas aldeas y comunidades en competencia, que posteriormente fueron incorporadas a la órbita de control del Estado altiplánico.

La sugerencia de un enfrentamiento entre las comunidades que habitaban la cuenca circunlacustre puede robustecerse si tomamos en cuenta los resultados estratigráficos de las excavaciones realizadas en el sitio Chiripa. Según Ponce Sanginés (1957), los resultados arrojaron la existencia de cuatro niveles estratigráficos⁷. Las capas inferiores o de mayor profundidad solo mostraron, exclusivamente, elementos identificados con la cultura

⁵ Es importante advertir que el parentesco constituye la práctica de articulación social dominante en el interior de las comunidades sin Estado: allí implica un deber de generosidad y ayuda mutua entre los integrantes de la sociedad cuya existencia regula. Más allá de los límites de la comunidad, solo queda una relación sostenida en la desconfianza frente al extranjero (Sahlins, M. 1972, Campagno, M. 1998, 2003, 2006, 2009).

⁶ La localidad de Chiripa adquirió notoriedad a causa de las investigaciones realizadas por W. Bennett en 1934. El sitio se encuentra enclavado en la porción septentrional de la punta de Taraco y en el cantón del mismo nombre de la provincia Ingavi del departamento de La Paz. Muy cerca de las orillas del lago menor del Titicaca. Se trata de un montículo artificial de planta casi cuadrada; con unos 60 metros de largo en sentido N-S y 55 metros de E-O. La superficie resultante es de 0,33 hectáreas y su cima se eleva 6 metros sobre el suelo circundante.

⁷ “[...] La superposición de ellos se acomodaba al siguiente orden: A) de 0 a 0,50 mts., de profundidad, capa del suelo. B) de 0,50 a 2 mts., capa ubicada en la secuencia encima de las casas. C) de 2 a 3 mts., nivel de las casas. D) de 3 a 5 mts., segmento precedente a las casas” (Ponce Sanginés, C. 1957:124).

Chiripa⁸. Por otro lado, en los mantos superiores se hallaron tanto objetos de filiación tiwanakota como otros que no respondían a esas características. Ponce Sanginés identificó los materiales de raigambre tiwanakota como característicos de lo que ha denominado la época expansiva de Tiwanaku, a saber: tumbas, fragmentos de alfarería, una pared de contención y, un templete semisubterráneo⁹ de características muy similares a las del que se encuentra en Tiwanaku. Resulta sugerente que recintos de estas características se han encontrado también en Khonko Wankané -en el valle ubicado al sur de Tiwanaku-, en Lukurmata y Pajchiri en el valle inmediatamente al norte, en Kawir-Kala -en las inmediaciones de Warisata-, y en Ojje en la península de Copacabana. (Ponce Sanginés, C. 1957, Berenguer, J. 2000). A diferencia de las gigantescas plazas Inkas erigidas en los territorios ocupados, que se hallaban orientadas a congregar grandes masas de población, los templetes semisubterráneos parecen tener una importancia ritual que se encontraba dirigida a un número reducido de participantes, tal vez una elite de funcionarios cívico-ceremoniales¹⁰ (Acuto, F. 2009; Albarracín-Jordan, J. 2007; Berenguer, J. 2000). Esta superposición material de elementos de filiación tiwanakota, sobre otros estilos culturales previamente existentes, puede interpretarse como el corolario de la expansión tiwanakota sobre las demás comunidades de la región circunlacustre. A través de la utilización de estrategias que iban más allá del uso de la coerción física, Tiwanaku pudo lograr establecer una relación de dominación sobre los restantes centros. Como ha sostenido Acuto para el caso Incaico; “[...] *En algunos casos, la conquista ritual pudo haber constituido la principal estrategia empleada por el Estado para dominar o para promover la obediencia*

⁸ “[...] *las dos capas más profundas solo contenían los mencionados rasgos no tiwanakotas, cuyo conjunto fue llamado cultura Chiripa por Bennett. Adjudicole a ella las notas distintivas enunciadas acto continuo: villa de patrón o disposición circular, casas con paredes dobles, entierros simplemente debajo del piso y sin dotación de equipo funerario de alfarería, abundantes artefactos líticos y de hueso, trebejos metálicos ejecutados en oro y cobre trompetas de arcilla magníficamente decoradas y un complejo cerámico, en líneas generales: sin pintura (chiripa liso marrón oscuro 50% y chiripa liso marrón claro 14 %), con pintura (chiripa amarillo sobre rojo 12%, chiripa rojo pulido 20% y misceláneos 4%). Los fragmentos lisos correspondían a ollas carentes de asa, de empleo utilitario o de cocina [...]”*. (Ponce Sanginés, C. 1957:125).

⁹ El templete semisubterráneo hallado en el sitio de Chiripa posee una disposición rectangular de 23 por 21,50 metros.

¹⁰ Como argumentó Berenguer; “*En otras palabras, las interacciones rituales en estos espacios tenían lugar a distancias relativamente cortas, en las cuales se podía oír una frase en volumen de voz normal, ver una expresión facial o inspeccionar la colocación de miniaturas. Por eso es que, si hubo alguna relación entre un público masivo y estas zonas sagradas, es casi seguro que era una elite intermediaria la que entraba en estos espacios y hacía las ofrendas a nombre de la concurrencia. Sólo ciertos individuos se arrogaban el derecho de oficiar como interlocutores con lo divino*” (Berenguer, J. 2000:27).

de grupos rivales, utilizando de este modo la violencia en una forma más limitada pero eficaz” (Acuto, F. 2009:282).

Un análisis del templete semisubterráneo¹¹ (Fig. 1), excavado en el núcleo central tiwanakota, puede ofrecernos otro tipo de testimonios referidos a la conquista simbólico-ritual. El mencionado templete, se encuentra ubicado al norte de la pirámide de Akapana y al este del templo de Kalasasaya. Su patio posee una planta casi cuadrada de 28 por 26 metros y se halla sumergido a una profundidad de 2 metros. Se ingresa al mismo por una escalinata situada en la pared sur. Empotradas en los muros internos, se destacan 175 cabezas humanas esculpidas en piedra caliza. También se han descubierto un conjunto de estelas de piedra que se encontraban enclavadas en el centro del patio. Una de ellas es el denominado monolito Bennett de 7,30 metros de alto que al parecer fue instalado en la fase IV y es considerada una representación idealizada de la elite gobernante. Sorpresivamente, las estelas restantes corresponden a estilos escultóricos ajenos a Tiwanaku. Una de ellas es la llamada *Estela del Rayo*¹² (Fig. 2) que cuenta con la particularidad de que mientras una de sus mitades fue desenterrada en la ciudad de Tiwanaku, la otra fue hallada en Arapa, un sitio de la cultura Pukara situado a 150 km de Tiwanaku en el extremo norte del lago Titicaca (Kolata, A. 1993; Berenguer, J. 2000). Como sostienen Nielsen y Walker en su análisis sobre la conquista ritual de Los Amarillos; *“El impacto de la destrucción y control ritual de las personas y objetos de un sistema ritual oponente puede ser provechosamente analizado desde la perspectiva de las relaciones de poder [...]”* (Nielsen, A. y Walker, W. 1999:153). De esta manera, entre las múltiples interpretaciones explicativas que pueden inferirse a partir de estos descubrimientos arqueológicos, nos permitimos especular con la posibilidad de sostener que, en forma similar a como lo harían los incas algunos siglos después, el Estado de Tiwanaku tomaba de los pueblos sometidos estelas y otros objetos sagrados o ancestrales que mantenían cautivos en la capital. Precisamente, en referencia a la presencia de la mencionada estela en el núcleo central tiwanakota, Kolata sostiene que *“la implicancia de este acto política e ideológicamente violento es clara: en el proceso de subyugar el norte de la cuenca del Titicaca, un gobernante de Tiwanaku corto y se apropio*

¹¹ El templete semisubterráneo hallado en el sitio de Tiwanaku fue edificado durante la época III (100 a.C.-400 d.C.).

¹² El monolito Bennett y la *estela del rayo* han sido trasladados de su ubicación original, y actualmente se encuentran en el área lítica del Museo arqueológico regional de Tiwanaku que se ubica en el mismo complejo arqueológico.

ritualmente de un emblema sagrado del poder espiritual concentrado, o huaca, de la nación Pukara y, al hacer esto, demostró la superioridad religiosa y política del Estado de Tiwanaku” (Kolata, A. 1993:248-249, Campagno, M. 2003). De forma similar, las cabezas humanas alojadas en los muros han sido motivo de comentarios afines (Kolata, A. 1993). Esto se debe a que presentan una gran disparidad estilística entre sí. No obstante, es significativo mencionar que -mas allá de sus discrepancias-, la totalidad de las cabezas del templete parecen encuadrarse dentro del estilo cultural tiwanakota. En consecuencia, sus diferencias podrían deberse simplemente a que conllevan representaciones simbólicas disimiles o que fueron esculpidas por múltiples especialistas.¹³



¹³ Albarracín-Jordan (2007), argumenta que el templete es un espacio ritual dedicado a los ancestros míticos. Las cabezas empotradas en la los muros representarían a los fundadores legendarios de Tiwanaku. Por su parte, en las tumbas excavadas en Kalasasaya y Putuni se concentrarían las momias de los ancestros más recientes.

Fig. 1. Templete Semisubterráneo, Tiwanaku. (Fotografía del autor).



Fig. 2 Estela del Rayo (Berenguer, J. 2000:3)

Es menester recordar que la materialidad de la arquitectura no posee una función exclusivamente utilitaria en las sociedades andinas de la antigüedad. La religión, el mito y la cultura se hacen presentes en ellas, y en las transformaciones provocadas sobre el *territorio usado*¹⁴. En otras palabras, la representación ideal del mundo que posee cada grupo social organiza las actividades que tienen lugar en relación con el territorio e imprimen su huella sobre el mismo (Criado Boado 1999). En este sentido, el cambio producido en el paisaje social de las comunidades de Chiripa, Lukurmata y otras -a través de la construcción de los templetes semisubterráneos- puede indicar un cambio en los patrones de racionalidad de esas comunidades o al menos la posibilidad de inducir a uno

¹⁴ El concepto de *territorio usado* fue desarrollado por el geógrafo brasileño Milton Santos, quien se adscribe dentro de la geografía crítica que surge a mediados de la década de 1960. Santos entiende al *territorio usado* como la conjunción de objetos, normas y acciones que, producto de la interacción entre ellas, determinan las particularidades propias de un lugar (Santos, M. 1996).

por parte del Estado de Tiwanaku que las habría incorporado dentro de su órbita de control. El posible secuestro de una huaca o la imposición de un elemento ritual ajeno a la propia comunidad poseen una carga simbólica de gran importancia coercitiva. Desde luego, como han argumentado Nielsen y Walker; *“Esto no significa que el impacto de la conquista ritual se limite al ritual mismo o a las instituciones religiosas en la sociedad [...]”* (Nielsen, A. y Walker, W. 1999:153). En las comunidades andinas, la totalidad de las actividades políticas, económicas e ideológicas se encuentran intrínsecamente relacionadas. *“[...] Como consecuencia, la destrucción o usurpación de sus “recursos rituales” puede amenazar la continuidad de una sociedad en su totalidad. No es sorprendente, entonces, que las conquistas imperiales impliquen a menudo la destrucción y reorganización a gran escala de los ámbitos rituales de los grupos sometidos”* (Nielsen, A. y Walker, W. 1999:153).

La distribución de símbolos y objetos Político-Religiosos:

Por último, consideramos de vital importancia realizar una breve reflexión acerca del papel desempeñado por la distribución de la iconografía y los objetos identificados con la cultura tiwanakota. Es posible que la distribución de estos elementos hubiera podido constituir otra de las estrategias de subordinación instrumentalizadas por las elites gobernantes para servir a sus intereses (Berenguer, J. 1993, 1998). Como ya argumentó Berenguer en su análisis sobre la integración de las zonas de frontera; *“[...] La literatura disponible muestra que las imágenes presentes en la litoescultura se hallan ampliamente distribuidas en los andes centro sur, hasta el punto que en muchas regiones la influencia de Tiwanaku es medida, precisamente en función de la presencia de estos iconos y objetos/iconos en los contextos arqueológicos locales. Su amplia distribución en la esfera de Tiwanaku es, al menos, indicativa de que sus contenidos simbólicos fueron importantes para diferentes grupos étnicos o aldeas”* (Berenguer, J. 1998:23). En este sentido, las hachas de hojas semi-circulares son un componente fuertemente presente en la iconografía tiwanakota. Estas se han encontrado como elementos aislados o como parte de imágenes más complejas, como *el decapitador* (Figs.3 y 4). Este motivo representa a un personaje, a veces dotado de atributos felínicos, que sostiene un hacha en una mano y una cabeza

cercenada en la otra. Bajo la convicción de que la guerra fue algo muy poco común en el Horizonte Medio Andino, la literatura arqueológica alude eufemísticamente a este icono como *el sacrificador*. En su exploración de las transformaciones sociales ocasionadas por la guerra en los andes circumpuneños, durante el Periodo de Desarrollos Regionales, Nielsen (2007) señala que en los andes centrales la figura del *sacrificador* se remonta al periodo formativo, pero que solo se presenta en los desiertos del sur de la cuenca del Titicaca durante el Periodo Medio¹⁵, por ejemplo, en la decoración de objetos importados de filiación tiwanakota encontrados en San Pedro de Atacama. El amplio consenso existente en la historiografía especializada permite reconocer a las hachas como emblemas de poder y objetos de gran valor. En el arte rupestre aparecen fundamentalmente asociadas a las rutas de circulación interregional (Berenguer, J. 1999, Nielsen, A. 2007). Estas ubicaciones pueden permitirnos argumentar la importancia simbólica de estas imágenes como un mecanismo para delimitar territorios y rutas comerciales (Nielsen, A. 2007). No resulta del todo improbable la presunción de que el Estado de Tiwanaku haya hecho un uso equivalente de estas imágenes. Como ya argumentó Nielsen; *“Al discutir las hachas ya mencionamos la relación entre cabezas cercenadas -como parte del motivo del decapitador- y el concepto de autoridad. A su vez, la representación del decapitador en tabletas y tubos de inhalar del Periodo Medio, relaciona este acto con las experiencias inducidas por el consumo de alucinógenos, introduciendo un nuevo dominio semántico que podríamos sintetizar bajo el concepto de “transmutación”. Surge así un triple vínculo entre el sacrificio humano, las prácticas chamanicas y la autoridad que parece central para entender los procesos de integración política del periodo medio sur andino asociados con fenómenos como Tiwanaku o Aguada [...].”* (Nielsen, A. 2007:22-23).

¹⁵ Según la clasificación propuesta por Rowe y Menzel, en 1967, el Periodo u Horizonte Medio puede ubicarse aproximadamente entre el 450 y 850 d.C. Asimismo, el Periodo de Desarrollos Regionales puede ubicarse, con ciertas variaciones según los autores, entre el 1000 y 1400 d.C.



Fig. 3. Sacrificador con máscara de felino y un pectoral en forma de "T" de la época clásica de Tiwanaku. En una mano sostiene un hacha y en la otra una cabeza humana. (Berenguer 2000:32).

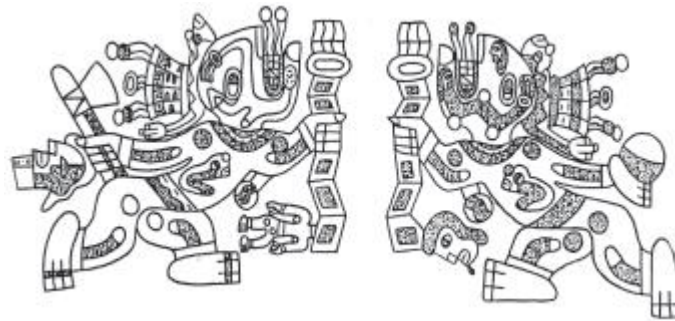


Fig. 4. Chamanes sacrificadores representados en una vasija de la cultura Pukara, Perú. (Berenguer, J. 2000:31)

Los vasos ceremoniales o *keros*, y las tabletas de alucinógenos también son elementos que han sido identificados con la cultura tiwanakota. Estos objetos de uso ritual se encuentran representados en las principales litoesculturas del núcleo central de Tiwanaku¹⁶, y han sido vinculados con el poder político (Ponce Sanginés, C. 1948; Berenguer 1998, Torres, C. 2004). Su presencia también ha sido registrada en toda la órbita del Estado altiplánico, aunque con cierta disparidad. Los *Keros* de cerámica (Fig. 5) son especialmente abundantes en las poblaciones Cabuza¹⁷ del valle de Azapa¹⁸, pero su número se reduce en gran medida si nos dirigimos al oasis de San Pedro de Atacama. A su vez, la mayoría de los *keros* hallados en ese lugar parecen provenir de las regiones del sur de Bolivia. De manera inversa, la gran mayoría de las tabletas (Fig. 6) han sido desenterradas en San Pedro de Atacama y en las cercanías del río Loa, pero decrecen radicalmente hacia el norte (Berenguer, J. 1998). Esta heterogénea distribución de *tabletas* y *keros* presenta una llamativa correspondencia con otros objetos de filiación tiwanakota que han sido recuperados a lo largo del desierto costero. Por ejemplo, los gorros de cuatro puntas proliferan en las tumbas de Arica (Fig. 7), pero su hallazgo en las tierras del sur es meramente ocasional. Por otra parte, los gorros con cintillo y casquete se encuentran abundantemente en contextos funerarios de San Pedro de Atacama, pero disminuyen drásticamente hacia el norte. En síntesis podemos observar una distribución complementaria entre gorros de cuatro puntas/*keros* en el valle de Azapa, y gorros con cintillo y casquete/tabletas de alucinógenos en el área de San Pedro de Atacama (Berenguer, J. 1993). Resulta sugerente que la distribución espacial de *keros*, tabletas y gorros se superpone con las dos formas de expansión tiwanakota que han sido diferenciadas por la historiografía especializada: el establecimiento de enclaves coloniales en las zonas de periferia, y la formación de alianzas y reciprocidades en las zonas de ultraperiferia. La creación de colonias tiwanakotas implicó el traslado de habitantes del altiplano boliviano hacia las costas del océano Pacífico. En el valle de Azapa, las discrepancias en los ajueres

¹⁶ Pueden encontrarse representaciones de estos objetos en algunas de las principales litoesculturas presentes en Tiwanaku, como la Puerta del Sol o los monolitos Ponce y Bennett.

¹⁷ La fase Cabuza se ubica cronológicamente entre el 450 y el 750 d.C., y es contemporánea de la Fase Tiwanaku IV. Existe cierto consenso historiográfico en considerar a las poblaciones Cabuza como migrantes altiplánicos (tiwanakotas), que llegaron a colonizar el valle de Azapa en el desierto costero. (Berenguer, J. y Dauelsberg, P. 1989, Berenguer 1998 y 2000)

¹⁸ El valle de Azapa se encuentra situado en el extremo norte de Chile, cerca del límite con Perú, a unos 270 Km. al suroeste de Tiwanaku.

funerarios¹⁹ de la Fase Cabuza permiten vislumbrar diferencias de *status*, entre las poblaciones de colonos y una elite de funcionarios regionales tiwanakotas²⁰. A su vez, los migrantes tiwanakotas parecen haberse asentado sobre una población preexistente de agricultores (Berenguer, J. 2000). Si bien, la información con la que contamos para el análisis de la interacción entre estos dos grupos es insuficiente, resulta un tanto difícil de aceptar que este proceso de ocupación del espacio y sustitución poblacional se haya producido sin el ejercicio de algún tipo de coerción.



Fig. 5. Vasos keros estilo Cabuza hallados en el valle de Azapa (Berenguer, J. 2000:50).

¹⁹ “Aunque muchos keros de cerámica parecen haber sido hechos especialmente para la ofrenda funeraria, la presencia de fragmentos de estos en sitios de Arica, muestra que eran empleados también en contextos diferentes a los del rito mortuario. Si bien la presencia de keros en casi todas las tumbas de Arica indica que estos vasos eran de uso común en las colonias tiwanakotas, la diferencia de calidad entre ellos sugiere que había keros para la elite y keros para sectores no elitistas. En San Pedro de Atacama, en cambio, los escasos keros que se han encontrado son solo de carácter elitista”. (Berenguer, J. 1998:32-33).

²⁰ La experiencia colonizadora en el valle de Azapa fue el primer paso de un largo proceso. A fines del siglo VI, colonos arribados de diferentes puntos del altiplano se asentaron en la cuenca del río Osmore, en el sur de Perú, donde se encuentra actualmente la ciudad de Moquegua. Según Berenguer, esta región también se encontraba previamente ocupada por una población que habría aceptado pacíficamente la llegada de los colonos altiplánicos (Berenguer, J. 2000).



Fig. 6. Serie de tabletas para alucinógenos decoradas con diseños Tiwanaku halladas en San Pedro de Atacama (Berenguer, J. 2000:84).



Fig. 6. “Los gorros de cuatro puntas de uno o dos colores fueron usados por los colonos Cabuza, en cambio los de varios colores fueron empleados por individuos de alto status”. (Berenguer, J. 2000:53).

En el caso de las áreas de ultraperiferia, como San Pedro de Atacama, las funciones de gobierno parecen haber recaído en manos de los señores locales que buscaron el patrocinio de la jerarquía central de Tiwanaku para alcanzar mayor prestigio y legitimidad (Berenguer, J. y Dauelsberg, P. 1989; Berenguer, J. 1993, 1998, 2000). La adopción y manipulación de símbolos e identidades provenientes del Estado altiplánico habría permitido, a ciertos miembros de la alta sociedad de San Pedro de Atacama, cumplir con sus propios objetivos políticos²¹. Este escenario nos permite vislumbrar con claridad la importancia política y religiosa de esta *Iconografía de Estado* importada desde Tiwanaku (Berenguer, J. 1998). En este sentido, y tomando en cuenta lo mencionado para las áreas periféricas, es factible especular con la posibilidad de que la distribución de estos objetos

²¹ De modo semejante al caso de Arica, en San Pedro de Atacama es necesario hacer una distinción en torno a la calidad de los artículos de filiación tiwanakota mencionados. “[...] Por la mayor frecuencia de objetos de Tiwanaku en sus tumbas y la mejor calidad y más reducida distribución de sus túnicas, esta elite parece haber estado asociada con el estado altiplánico. Los gorros con casquete tejido con puntos de enlace y torsión y el instrumental sin iconografía Tiwanaku, en cambio habían pertenecido a sectores igualmente de elite, pero, quizás, de menor preeminencia. La más baja frecuencia de objetos de Tiwanaku en sus tumbas y sus túnicas más sencillas y más ampliamente distribuidas en el oasis, hace pensar que sus usuarios estuvieron menos conectados con el estado altiplánico. [...]” (Berenguer, J. 1993:52).

simbólico-religiosos, habría constituido una estrategia de asimilación y subordinación por parte de las elites tiwanakotas para extender sus áreas de control e imponer un nuevo orden político y social. No obstante, como ha argumentado Berenguer; *“Para que las operaciones entre centro y periferia sean viables, los involucrados deben compartir similares códigos culturales, de otra manera, la interacción se torna impredecible. En nuestro caso, esto implica reimplantar o reinstrumentalizar una ideología común -al menos en ciertos sectores de la población- que naturalice la hegemonía y regule la interacción, construyendo una realidad afín a los intereses del centro. Y el poder simbólico es un poder para construir esa realidad”* (Berenguer, J. 1998:24). En este sentido, ya desde mediados del segundo milenio antes de Cristo, Ayala Rocabado y Uribe Rodríguez (2003) han argumentado la existencia de un área de interacción constituida por Wankarani, los valles de Cochabamba, el salar de Uyuni y el altiplano del lago Titicaca. Estos vínculos habrían incluido experiencias culturales similares generadas por las nuevas actividades productivas y económicas como la ganadería, la agricultura y el intercambio. Estas actividades, al desenvolverse en un conjunto de escenarios y materialidades similares, pudieron permitir la aparición de un conjunto de creencias y ceremonialismos coincidentes que luego podrían vislumbrarse con mayor claridad en la tradición religiosa de la Yaya- Mama²². Esta tradición religiosa pertenece cronológicamente al Horizonte Temprano Tardío (alrededor de 500 a 200 a.C.), y se encuentra distribuida por toda el área de los andes centro-sur, con algunas particularidades de acuerdo a cada región. El estilo Tiwanaku siguió al de Yaya-Mama, y el control de este conocimiento esotérico por parte de las nacientes elites pudo haber sido un factor muy importante de poder político que permitió modificar profundamente la estructura social y política de las sociedades en todo el altiplano (Stanish, CH. 2001). De esta manera, nos permitimos sostener que la tradición religiosa de la Yaya-Mama pudo constituir el código cultural compartido que permitiera un marco de

²² *“La escultura lítica Yaya-Mama es uno de los rasgos principales de esta tradición. Las características significativas de esta escultura, según Chávez y Mohr-Chávez (1975: 57-59) son las siguientes: 1) la escultura no es un bulto, sino aparece en forma de estelas y lajas; 2) los motivos son básicamente cabezas o caras con apéndices salientes, serpientes onduladas, figuras antropomorfas, cruces cuadradas, cuadrúpedos de perfil, ranas o sapos, anillos lenguas bifidas de serpientes; 3) la composición de la escultura se caracteriza por una mezcla de muchos motivos y el uso de oposiciones y de simetrías. Las estelas suelen estar trabajadas en sus cuatro caras. S. Chávez piensa que el estilo Yaya-Mama es indicio de “un movimiento religioso que unifica un grupo de diversos grupos locales (Chávez 1988:28)”.* (Chávez. S y Mohr, K. citado por Stanish, Ch.2001:202)

intercambio comunicativo entre Tiwanaku y las áreas bajo su influencia. De confirmarse este supuesto, el carácter de la expansión tiwanakota no se centraría en la creación de una nueva representación de la realidad, completamente ajena a las sociedades del altiplano, sino en la homogenización de una cosmovisión compartida y previamente existente (Albarracín-Jordan, J. 2007).

Conclusiones Finales:

A principios de la era cristiana, Tiwanaku era una aldea mas entre muchas otras de la región circunlacustre del lago Titicaca. Sus posibilidades de transformarse en el centro político dominante parecían mínimas frente a los desarrollos alcanzados por Chiripa y Pukara. Sin embargo, a finales del Periodo Formativo Superior (500 a.C.-400d.C.), se produjo una metamorfosis que llevaría a Tiwanaku a convertirse en una sociedad urbana altamente compleja. Unos siglos más tarde, la cultura tiwanakota había extendido su influencia por todo el altiplano, desde las húmedas tierras del oriente hasta las áridas costas del occidente. En este sentido, la historiografía especializada ha mantenido largas discusiones en cuanto a las estrategias y dispositivos empleados por Tiwanaku, para alcanzar tal proeza. No obstante, la falta de evidencias relacionadas con el ejercicio de la coerción física ha motivado el predominio de los modelos explicativos que tienden a privilegiar una mirada consensualista.

En este trabajo, nos permitimos sostener que el ámbito de las relaciones de poder puede ser beneficiosamente analizado desde la simbología, la ideología y el ritual. Estos elementos son plasmados por las distintas comunidades sobre el *territorio usado*, y pueden ser estudiados por la *Arqueología del Paisaje*. En síntesis, consideramos que el expansionismo tiwanakota estuvo empapado de prácticas simbólico-religiosas de dominación, subordinación y apropiación ritual del espacio que son necesarias de puntualizar, a saber: la construcción de una arquitectura ritual sobre las comunidades que eran incorporadas a su órbita de influencia, la posible usurpación de *huacas* u objetos sagrados y la distribución de símbolos políticos y religiosos. Estas estrategias habrían permitido una apropiación cultural de los territorios anexados y comunicarían a las

poblaciones subyugadas el nuevo orden de las cosas en el altiplano. La antigua tradición religiosa de la Yaya-Mama pudo constituir el código cultural compartido que permitiera un marco de intercambio comunicativo entre Tiwanaku y las áreas bajo su control. De esta manera, la expansión tiwanakota no se centraría en la implantación de una nueva visión de la realidad, sino en la homogenización de una cosmovisión previamente existente y ampliamente compartida, en toda el área de los andes centro-sur.

Referencias Bibliográficas:

Acuto, Félix A.

(2009) *Colonizando los Andes en tiempos del Tawantinsuyu: Paisajes, experiencias rituales y los Inkas como ancestros.* En Parentesco, patronazgo y Estado en las sociedades antiguas. Marcelo Campagno Ed. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Albarracín-Jordan, Juan V.

(2007) *La Formación del Estado Prehispánico en los Andes. Origen y Desarrollo de la Sociedad Segmentaria Indígena.* Fundación Bartolomé De Las Casas. La Paz. Bolivia.

Berenguer José R. y Dauelsberg Percy H.

(1989) *El norte grande en la órbita de Tiwanaku (400-1200 DC.).* En Culturas de Chile: Prehistoria desde los orígenes hasta los albores de la conquista. Jorge Hidalgo Ed. Editorial A. Bello.

Berenguer, José R.

(1993) *Gorros, Identidad e Interacción en el Desierto Chileno Antes y Después del Colapso de Tiwanaku.* En Identidad y Prestigio en los Andes: Gorros, Turbantes y Diademas. Museo Chileno de Arte Precolombino. Santiago de Chile.

- (1998) *La Iconografía del poder en Tiwanaku y su Rol en la Integración de Zonas de Frontera*. Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino. Numero 7:19-37. Santiago de Chile.
- (1999) El evanescente lenguaje del arte rupestre en los Andes atacameños. En el Arte Rupestre en los Andes de Capricornio. J. Berenguer y F. Gallardo, eds. , pp. 9-56. Santiago. Museo Chileno de Arte Precolombino.
- (2000) Tiwanaku. Señores del lago sagrado. Publicación del Museo Chileno de Arte Precolombino. Santiago de Chile.

Browman, David L.

- (1980) *Tiwanaku Expansión and Altiplano Economic Patterns*. Estudios Arqueológicos 5. Pág. 107-120. Traducción realizada por Cecilia Chapman.

Campagno; Marcelo.

- (1998) *Pierre Clastres y el surgimiento de Estado. Veinte años después*. Boletín de Antropología Americana 33: 101-113.
- (2003) *Una consideración sobre el surgimiento del Estado y los modelos consensuales. A propósito de Tiwanaku*. Revista española de antropología americana. Núm. 33:59-81.
- (2006) *De los modos de organización social en el antiguo Egipto: Lógica de parentesco, lógica de Estado*. En Estudios sobre el Parentesco y el Estado en el Antiguo Egipto. Ed. Marcelo Campagno. Colección Razón Política. Ediciones del Signo. Buenos Aires-Argentina.
- (2009) Parentesco, patronazgo y Estado en las sociedades antiguas. Ed. Marcelo Campagno. Edición de la Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires. Argentina.

Criado Boado, Felipe.

- (1999) *En los bordes del paisaje. Del Terreno al Espacio: Planteamientos y perspectivas para la Arqueología del Paisaje*. CAPA: Cuadernos de Arqueología e Patrimonio Numero 6. Grupo de investigación en Arqueología

del Paisaje. Universidad de Santiago de Compostela. Primera Edición.

Clastres, Pierre.

(2001) Investigaciones en Antropología Política. Editorial Gedisa. Barcelona.

(2008) La sociedad contra el Estado. Caronte Ensayo. La Plata.

Gayubas, Augusto.

(2006) *Guerra, parentesco y cambio social en las sociedades sin Estado del valle del Nilo prehistórico.* En Estudios sobre el Parentesco y Estado en el Antiguo Egipto. M. Campagno, ed. Ediciones del Signo. Buenos Aires, Argentina.

Kolata, Alan.

(1993) *The Tiwanaku: Portrait of an Andean Civilization.* Blackwell Publishers. 238 Main Street. Cambridge, Massachusetts 02142, USA.

Menzel, Dorothy.

(1968) *La Cultura Huari.* En Las grandes civilizaciones del Antiguo Perú. Tomo VI. Lima, Perú.

Murra, John.

(1975) *Formaciones económicas y sociales en el mundo andino.* Ed. IEP. Lima.

Nielsen, Axel y Walker, William.

(1999) *Conquista Ritual y Dominación Política en el Tawantinsuyu: El caso de Los Amarillos (Jujuy, Argentina).* En Sed Non Satiata. Teoría social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea. Andrés Zarankin y Félix Acuto Eds. Ediciones Del Tridente. Buenos Aires.

Nielsen, Axel.

- (2007) Armas Significantes: Tramas Culturales, Guerra y Cambio social en el Sur Andino Prehispánico. Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino. Vol. 12, numero 1:9-41. Santiago de Chile.

Ponce Sanginés, Carlos.

- (1948) Cerámica Tiwanacota. Vasos con Decoración Prosomorfa. Publicación patrocinada por la Sociedad Argentina de Americanistas. EMECÉ Editores, S.A. Buenos Aires.
- (1957) *Una piedra esculpida de Chiripa*. En Arqueología Boliviana (Primera Mesa Redonda). Biblioteca puneña, alcaldía municipal.
- (1969) La ciudad de Tiwanaku. A propósito del último libro sobre planeamiento urbano precolombino de Jorge Hardoy. Separata de “Arte y Arqueología”, numero 1, Revista del instituto de Investigaciones Artísticas. Facultad de Arquitectura. Universidad Mayor de San Andrés. La Paz. Impresión de este sobre tiro, sufragada por el centro de Investigaciones Arqueológicas en Tiwanaku.
- (1970) Las culturas Wankarani y Chiripa y su relación con Tiwanaku. Academia Nacional de Ciencias de Bolivia. Publicación Numero 25. La Paz.
- (1972) Tiwanaku: espacio, tiempo y cultura. Academia nacional de ciencias de Bolivia. Publicación Núm. 30. La Paz. Bolivia.
- (1995) *Arqueología política y el estado Precolombino de Tiwanaku*. En Pumapunku. Año 4 numero 8:15-88.

Renfrew, C y Cherry, J.

- (1986) Peer Polity Interaction and Socio-Political Change. Cambridge University. Press, Cambridge.

Rocabado Ayala, Patricia y Rodríguez Uribe, Mauricio.

- (2003) La Cerámica Wankarani y una primera aproximación a su relación con el Periodo Formativo del norte grande de Chile. Textos Antropológicos, Volumen 14, Numero 2:7-29. Universidad Mayor de San Andrés, La Paz.

Santos, Milton.

- (1996) De la Totalidad al Lugar. Oikos-Tau. Barcelona.

Sagárnaga Meneses, Jedu.

- (1995) *Clases sociales en Tiwanaku.* En Pumapunku. Año 4 numero 8:139-160. Nueva época.

Sahlins, Marshall.

- (1972) *La Economía Tribal.* En Las Sociedades Tribales. Editorial Labor, S.A. Barcelona.

Stanish, Charles.

- (2001) *Formación Estatal Temprana en la Cuenca del lago Titicaca, Andes Surcentrales.* Boletín de Arqueología PUCP, Numero 5. Pág. 189-215.
- (...) *El origen de las sociedades estatales en América del sur.* Annual Review of Anthropology 30:41-64.

Torres; Constantino.

- (2004) Imágenes Legibles: La Iconografía Tiwanaku como significante. Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino. Numero 9, pp. 55-73. Santiago de Chile.

Troncoso, Andrés.

- (2001) *Espacio y Poder.* En Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología. Numero 32:10-23.

